

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

LOS MISTERIOS DE PARIS,

SEGUNDA PARTE.

Drama en once cuadros, escrito en francés por Mr. EUGENIO SUE, dividido ahora en dos partes, y acomodado á nuestra escena por D. VICENTE DE LALAMA, á fin de que pueda representarse en los teatros de provincia en el año de 1848.

ADVERTENCIA.

Imposibilitadas las empresas de poder poner este drama en escena por su mucha duración, á no ser que hiciesen al efecto recios desembolsos, como lo verificó la de Madrid, concebí el pensamiento de dividirlo en dos partes, y que formasen dos dramas distintos, fáciles de representarse en dos noches seguidas. Me confirmó mas en esta idea, el haberle visto en el teatro de la Cruz, donde para que hiciese una función regular, además de la construcción de decoraciones de transformación, que hacían cortísimos los entreactos, tuviera que acortarle, dejándole tan escaso de argumento, que sin duda á este suceso es debida la frialdad con que el público le recibió, no obstante su buena ejecución. Ya se vé, faltaban al drama tres cuadros, y las escenas estaban tan mutiladas, que mas parecia una aglomeración de sucesos traídos al acaso y sin colorido, que el pensamiento de novela que al drama imprimió el autor. En el presente arreglo he procurado conservar la idea de E. Sue, ya trocando algunos sucesos, pero que conservan el plan de la historia, ya suprimiendo personajes innecesarios, ya aumentando algunas cosillas de propia cosecha, que harán, á mi entender, mas fácil su ejecución. Hasta el punto que lo he conseguido, me lo harán conocer el aprecio que merezca del público, y de los actores en particular. Su gasto es insignificante, pues este se reduce á pintar un puente que atraviese el teatro, y á las ruinas de la cabaña de la isla de los devastadores. Hay actores que pueden doblar, y al efecto van señalados en la lista los que deben duplicar sus papeles, teniendo en cuenta el carácter y la edad. Los puntos indican que es actores trabajan en una y otra parte.

PERSONAJES.

PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

FLOR MARIA, 17 años.
SARA, 34.
LA MARQUESA DE HARBILLE, 28.
RIGOLETTE, 20.
LA SRA. PIPELET, 46.
LA LECHERA, 26.	MAGDALENA MOREL.
RODOLFO, 42.
FERRAND, 48.
EL DOMINE, 36.
EL TREMENDO, 28.
MOREL, lapidario, 30.
GERMAN, 28.
ALFREDO, portero, 50.	COMISARIO DE POLICIA.
TORTILLARD, 26.
CARLOTA, doncella de la marquesa.	LA SEÑORA DE VARNER, no habla.
TOM-SEYTON.	BENITO, bandolero.
UN CRIADO DEL JOYERO.	BARBILLON, <i>id.</i>
PEPPO, aldeano.	MASCANAGRE, <i>id.</i>
UN CRIADO de la condesa.	UN CARCELERO.
CARRION, no habla.	EOURDIN, alguacil.
FRANCISCO, bandolero.
	EMILIO, 10 años.

Criados, aldeanos, soldados, agentes de justicia:
La acción es en Paris, en 1840.

GUADRO PRIMERO.

El teatro representa una boardilla; en el fondo los hijos y la señora Varner: á la derecha Magdalena Morel en

16

un sillón: á la izquierda una mesa obrador con una piedra, y á su lado algunas piedras preciosas; al lado izquierdo una puerta, una vela puesta sobre una mesa ilumina débilmente la escena; Morel desfallecido por la fatiga y el insomnio, ha dejado caer su cabeza sobre la piedra, y duerme.

ESCENA PRIMERA.

MOREL, MAGDALENA, *la señora VARNER, los niños; la señora VARNER, en cuyas facciones está pintado el idiotismo, se levanta con lentitud, recorre la escena y se dirige hácia la mesa.*

MAG. (á media voz.) ¿Dónde vais, madre?... Estaos quieta... no toqueis á los diamantes... Sabéis cuan caros cuestan...

(La señora Varnier se calienta las manos á la luz, mira con ansia los diamantes, se quema y dá un grito.)

MOR. (despertando.) Qué teneis, madre? Acostros y no hagais ruido; Magdalena y los niños duermen.

EM. (levantando la cabeza.) Yo no puedo dormir, papá.

MAG. No te he pedido de beber, Morel, porque temia despertarte.

MOR. Emilio, dá de beber á tu madre. (á la idiota.) Concluiremos? Al fin hemos de reñir; acostaos al instante: á la cama, á la cama. (la cieja se acuesta gruñendo.)

EM. (se dirige á su padre gritando.) Papá, papá, tengo frío!

MOR. Qué vida! Dios mio, que vida!

MAG. (llorando.) Tengo yo la culpa de que mi madre sea idiota?

MOR. La tengo yo? Qué es lo que deseo? Trabajar noche y día por vosotros, y mientras las fuerzas me alcancen, trabajaré; á lo que estas no llegan, es á cumplir con mi obligacion, á cuidar al mismo tiempo de locos, enfermos y niños.

MAG. Qué sed tengo!

MOR. (á Emilio.) Pronto, Emilio, agua; pero (deteniéndose.) está muy fria, y te vá á hacer daño.

MAG. Mejor, así dejaré de sufrir.

MOR. Mereceis que hables de ese modo, Magdalena? Oh! calla, mira que me causas mucho pesar.

MAG. Bien sabe Dios que no es esa mi intencion; pero cuando considero tu suerte... y la de mis hijos...

MOR. Nuestros hijos! Ellos me animan y dan valor; sin ellos no me mataria á trabajar, y hace mucho tiempo que la desesperacion y el desaliento...

MAG. (que ha bebido.) El frio se aumenta, y ni para temblar tengo fuerzas.

MOR. (quitándose la chaqueta y echándose la su muger sobre las rodillas.) Calientate.

MAG. Cuan bueno eres! Que mal hago en afligirle! Pero pensar, Dios mio, que uno solo de esos diamantes...

MOR. Por eso los cuido tanto!

MAG. ¡Cuánta es nuestra desgracia!

MOR. (se sienta en el brazo del sillón y la coge una mano entre las suyas.) Grandes y pequeños, todos tienen sus penas: nosotros, sin el robo de aquel diamante, no geniriamos en la miseria, porque la economia y el trabajo nos habian proporcionado el bienestar y la dicha.

MAG. Pero lo cierto es que el panadero no quiere darnos; ¿qué ideas hacer?

MOR. No lo sé.

MAG. Es de día; la luz es inútil ya, apágala. (Morel la apaga.) ¿Pero, qué tienes? Nada dices?

MOR. Estoy pensando en ese pagaré, por el que somos demandados.

MAG. Ya lo pagará el señor Ferrand.

MOR. Hija mia, á nosotros, que hemos recibido el dinero, y no al señor Ferrand, toca pagarlo.

MAG. Oh! los ricos!...

MOR. Los ricos no tienen peores sentimientos que nosotros; pero ni saben ni pueden figurarse que existan seres tan desgraciados.

MAG. Ya veo que les haces justicia! Mira, tomá tu ropa, y trata de descansar un rato... Puede que el sueño restaure tus fuerzas.

MOR. Dormir! Descansar! Me es imposible; tengo mucho que trabajar. (dirigiéndose á la mesa.)

ESCENA II.

Dichos, BOURDIN, CHALICORNE, luego RIGOLETTE.

BOUR. (entrando.) Está en casa el señor Morel?

MOR. (asustado y ap.) Dos hombres!! Qué querrán?

EM. (levantándose y amparándose de su madre.)

Mamá, tengo miedo!

MAG. Ten cuidado, amigo mio.

MOR. Qué buscáis, caballeros?

BOUR. A Gerónimo Morel?...

MOR. Yo soy.

BOUR. Lapidario?

MOR. Yo soy!

BOUR. (mirando con espanto la pobreza de la habitacion.) Habláis de veras?

MOR. Ya os he dicho que soy yo: espíscas ó salid; sino llamaré á la guardia.

BOUR. Si alguien necesita aqui de su auxilio, somos nosotros, y á ella apelaremos si os resistís á seguirnos á la cárcel.

MOR. Á la cárcel! (Rigolette entra y permanece en silencio y apartada.)

BOUR. Á la cárcel, por deudas; somos alguaciles del comercio.

MAG. Dios mio! es por el pagaré del señor Ferrand?

BOUR. Aqui teneis la orden. (abatimiento general.) RIG. Bien me lo temia yo! Por eso acabo de avisar á German.

MAG. Vá á buscarle, Morel.

BOUR. Para nada interviene en este negocio. El que os persigue es Juan el largo.... ¡unque, pagáis?

RIG. Ya veis, señores, que les es imposible.

BOUR. Vamos pues.

MOR. Iré á la cárcel si queréis.

MAG. Morel! amigo mio!

MOR. Pero en la prision no podré trabajar! ¿Quién queréis que me confie sus piedras en adelante, si todos me tendrán por un malvado?

MAG. tendiéndole la mano que él toma.) Pobre esposo mio!

RIG. (ap.) Y German que no viene...! Si se habrá ido su amigo sin darle el dinero...? (á Bourdin.)

¿Decidme, y si yo me comprometo á pagar ocho ó diez francos cada mes, seria suficiente?

BOUR. Para pagar quinientos y las costas? Nada, nada, dinero contante.

RIG. Venderé mi cómoda de nogal...

BOUR. Eso es poco. (á Morel.) Os digo que nos sigáis.

MOR. Pues bien, cumplid vuestra mision: arrancad de mi seno los hijos que me detienen; separad de mi cuello los brazos de mi esposa, entregadnos á la miseria y al abandono, mis deberes me prohiben seguirlos de buena voluntad.

BOUR. Vos lo quereis? Como ha de ser! Sabemos nuestra obligacion.

RIG. (dando un grito de alegria.) Ahí viene el señor German.

ESCENA III.

Dichos. GERMAN, despues el TREMENDO, el COMISARIO y FERRAND.

BOUR. Qué significa esto?

GER. Dejad á ese hombre.

BOUR. (se vuelve en actitud de defenderse.) ¿Tratais de oponeros á la ley?

GER. Trato de pagar. (grito general.)

BOUR. Eso me gusta.

MOR. (acercándose.) Pero sin conocerme, señor German!

GER. ¿Acaso es necesario que los hombres se conozcan para protegerse mutuamente?

MOR. (á Magdalena.) Ves, esposa mia? Los que poseen algo, son buenos con los pobres cuando saben sus desgracias.

TRE. (entrando.) Me han dicho, señor Morel, que se oian voces en vuestra habitacion; si hace falta emplear los puños, aqui me teneis.

RIG. (señalando á German.) Nada hace falta ya. Hemos pagado.

TRE. (tomando la mano de German.) ¡Magnifico!

GER. (á Bourdin y Chalicorne.) No queremos deteneros, señores; así que hayais dado la vuelta á este caballero, podéis marcharos.

BOUR. (mientras Chalicorne escribe sobre la mesa.) Tomad, señorita. (dá una pieza de plata.)

RIG. ¡Que cuenta habeis! Se deben quinientos francos, se dán mil y volveis cien sueldos.

BOUR. Efectivamente, son quinientos francos de capital; pero añadid las costas, las citas, y os resultará lo mismo que á mi.

TRE. Sí, que es como si dijéramos ciento por ciento! Calla... (entra el comisario.) El señor comisario!

MOR. (al comisario con temor.) A quién buscais?

COM. Busco al señor German.

RIG. Aquí le teneis; acaba de pagar mil francos para librar á Morel.

BOUR. Verdad es, señor comisario. (Ferrand se asoma á la puerta de la habitacion.)

COM. (á German.) ¿Sois cajero en casa del señor Ferrand?

GER. Sí señor.

COM. En virtud de una acusacion hecha contra vos, debo proceder á vuestra prision.

TODOS. (menos Ferrand.) ¡A su prision!

GER. Os habreis equivocado, caballero?

COM. Se os acusa de haber sustraído fraudulentamente, tres billetes de á mil francos de la caja de vuestro principal.

GER. ¿Quién lo ha dicho?

FERR. Yo, que no sé transigir con la falta de honradez.

GER. Es una calumnia infame.

FERR. Hace unos dias que me pedisteis prestados cincuenta francos; entonces carcaiais de la suma que acabais de pagar; ¿quién os la ha dado? Vuestro robo sin duda.

GER. Efectivamente, no es mia.

COM. Decid de donde procede.

GER. Un préstamo de un amigo.

COM. Nombradlo; su testimonio puede salvaros.

GER. Enrique de Herbin, que vive en la calle del Hotel de Odle, número 10.

COM. Vamos al instante á su casa.

GER. Es inútil, acaba de salir de Paris.

FERR. Nada tengo que añadir, señor comisario; á vuestra consideracion dejo el decidir lo que vale una justificacion de esta naturaleza.

RIG. Pues yo os aseguro que lo que dice es verdad; ayer estubo German á ver á su amigo, y me contó á su vuelta, que le habia prometido la cantidad de que se trata.

COM. Mucho siento, caballero, tener que cumplir con un penoso deber; pero vuestras excusas no tienen bastante fuerza para destruir la acusacion de un sugeto tan respetable como el señor Ferrand. (á Bourdin.) Caballero, quereis volverme?... (Bourdin le dá el billete.)

MOR. (á German.) Dios mio! Y os habeis puesto por mi en tan triste situacion?

GER. (á Morel.) No temais. Os sigo sin temor, señor comisario; bien pronto el señor Ferrand modificará la opinion, tal vez errada, que de mi ha formado. Estad tranquila, señorita Rigolette. (el comisario hace señá á German para que le siga, mientras Rigolette se entrega á su dolor.)

TRE. (á Rigolette.) No lloreis, señorita. En la cárcel necesita un amigo, y lo tendrá; os lo aseguro. (vase con ellos.)

BOUR. Caramba! Esto lleva trazas de no concluir hoy! Vamos, Chalicorne, haste cargo de todas esas menudencias. Guarda bien esta puerta, en el interin pido auxilio en el pueblo mas inmediato. (vase, Morel está sentado en una silla al lado de su esposa, abismado en su dolor, y hablando ambos entre si, rodeados de su hijo.)

FERR. (ap.) Todo marcha á las mil maravillas; he aqui un billete de mil francos que aumenta mi tesoro, mientras el imbécil de su dueño va caminando á la cárcel en premio de su generosidad. Flor Maria ya habrá sido robada de casa de la señora de Harville, y el Dómine no tardará en traerla á mi poder. Hagamos que Morel apure hasta lo último la copa de su infortunio, y luego me dará de buen grado la apetecida cadena. Oh! hombres, confiad en mí, que no sabeis cuanto vale en el mundo cubrirse con la máscara de hombre honrado!

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

El teatro representa una de las habitaciones de la cárcel; en el fondo puerta al patio y otras á los lados; varios presos están formando corro á uno y otro estremo del teatro, entre los que se vé á German, el Dómine, Mascavinaigre, Benito, y otros. Se nota mucha animacion en todos. A un lado del teatro habrá una losa practicable, que figura ser del pavimento, y por el cual van á escalar la cárcel, á su rededor se echará de ver alguna arena.

ESCENA PRIMERA.

MASCAVINAGRE y otros presos han formado un corro, sentados en bancos, donde parece cuentan alguna historia según lo atentos que están. BARBILLON observa las dos puertas de la izquierda, y BENITO de el fondo. GERMAN estará sentado á un lado, triste y abatido. El DÓMINE entra por el fondo, y llegando á BENITO bajan á la escena.

DOM. Animo, muchachos, todo se nos prepara maravillosamente. Gracias á las obras que están ejecutando en el patio y en los encierros, tenemos todo el día por nuestro. Tal vez hasta la noche no saldremos de estos cuartos, y así es necesario activar nuestra evasión. Qué tal marcha la cosa?

BEN. Perfectamente; solo falta ensanchar un poco la salida, y al momento nos encontraremos en la cueva de la casa inmediata. Llevamos muchos días de trabajo y es preciso aprovechar el tiempo. Donde dejaste al carcelero?

DOM. Está paseando por el patio. Dices que tienes confianza en el hombre que está encerrado? (señalando á la losa.)

BEN. Como en la mía propia. (acercándose á Barbillion.) Ocorre algo por tus barrios?

BAR. Nada; el preso que llegó ayer continua prestando sus declaraciones.

BEN. Ten cuidado con ese German, que se me resiste con su aire orgulloso y desesperado. (llegándose al grupo.) Se divierte, Mascavinagre?

MAS. Así, así, estoy contando á los camaradas la célebre historia del encantador Ruberon, que se convirtió en rata para obsequiar á la señora de sus pensamientos. (con intencion.) Y como minaba!

BEN. Si, eh? Para procurarse la salida? Ya ves, eso es tan natural...! Me parece que estás un poco desfallecido!

MAS. No es cosa; luego, como van á dar las doce! (con intencion.)

BEN. Razon mas para que concluyas tu historia. Alavio. (acercándose al Dómine.) Dómine, que estás pensando?

DOM. En mis asuntos; sin la maldita ambicion, no me veria ahora en este encierro, del que gracias á vuestra astucia me verá libre. Pues no es cosa de darse uno al diablo, verse dueño de considerables riquezas, las suficientes para haber dejado el oficio, y estar pendiente de una casualidad, que el menor contratiempo puede destruir?

BEN. Tienes razon; hay motivos para aborrecer.

DOM. Figúrate tú que la suerte me proporcionó entrar en la casa de una gran señora, donde sin responsabilidad, podia sustraer algunas cosillas... (haciendo la señal de robar.) Y qué lindos bocados! Allí habia aderezos, sortijas... mucha plata labrada... friolerillas!... (con desden.) Habia limpiado una caja de brillantes, que bien podrian valer unos cuatrocientos mil francos...

BEN. Pues, una friolera!

DOM. Cuando al salir le referí mi aventura á la Mochnelo, que incitada por tanta riqueza, me iba á volver con ella, Francisco y Barbillion... Eh aquí el pago de nuestra codicia...! Ocupa-

dos en apoderarnos de Flor Maria, y mientras reinaba la confusion en la casa, por un arañazo pequeño que yo hice á su dueña, (todo con sangre fria.) recogimos cuanto era dable por Barbillion y yo, y prontos á poner pies en polvorosa, un maldito criadito nos atisva, grita, nos atortolamos... y hemos aqui comiendo el pan de la desgracia!

BEN. Y todo por una simpleza, por un tobillo pequeño?

DOM. Que valdria un millon de francos!

BEN. Es preciso confesar, que cuando la suerte se muestra contraria... Y qué hicisteis de la chucuela?

DOM. Francisco y la Mochnelo cargaron con ella; estaba accidentada!... Tambien era parte del botin, y por la cual debia sacar algunos miles de francos para el viaje... El señor Ferrand estaba enamorado de ella, y pensaba hacerle pagar caro la posesion de la niña...

BEN. Y no temes que algun tropiezo...

DOM. No; la casa de la condesa no dista cien pasos de nuestra madriguera en el puente de Amieres, y es regular llegasen con felicidad á su destino. A mi entrada en esta santa casa he escrito al bueno de Ferrand, y espero su llegada de un momento á otro... Si conseguimos nuestra fuga...

BEN. Observa, mientras me informo como van tus trabajos.

(Dómine se vá á observar por el foro, Benito se acerca á la losa, da en ella dos golpes con el pié, se alza y aparece una cabeza, con la cual habla en secreto, estando en este diálogo, Barbillion da una palmada, el hombre que está en el agujero se oculta, Benito pone el pié sobre la losa, y empieza á pasearse con indiferencia, algunos dejan los grupos y se acercan á ver al carcelero que llega.)

ESCENA II.

Dichos y el CARCELERO con un manojo de liras.

CAR. Ola! ola! somos hoy cuerdos?

BEN. Lo mismo que unos angelitos.

CAR. A la tarde pasareis al patio; hasta tanto os servirá esta sala para recibir visitas, pues así lo exigen los reparos que están haciéndose en las demas habitaciones. (permanece en el fondo con los presos.)

DOM. Bien; así podré recibir á mi agente de negocios.

BAR. Tu agente de negocios!

DOM. Si, aquel quidam de la barba roja, que solia frecuentar nuestro barrio. Pues hoy le espero para recibir mis órdenes, sin barba, y con el disfraz de hombre honrado. (con la mayor intencion.)

GEN. (ap.) Qué oigo! Cielos, si fuese tal vez!... Que sospecha!

MAS. acercándose á German.) No esteis triste, porque os miran con malos ojos; es preciso adoptar un partido; miradme á mi, no soy valiente, y me he hecho charlatan, embaucando con cuentos á estos pobres diablos.

DOM. (ap. á Benito.) Y cómo saldrá ese hombre de la ratonera, estando aqui el carcelero?

BEN. Ya le tengo dicho que espere la señal.

CAR. Al otro cuarto, que hay visitas.

VOZ. (dentro) Duresnil, alias el Dómine.

GEN. (ap.) Ahora veremos si son ciertos mis temores.

DOM. (viendo aparecer á Ferrand, ap á Benito.) Eh? Qué te decía yo? Hele aquí.

GEN. (ap.) Cielos, Ferrand! (a él, al tiempo de salir con los demás presos.) La suerte de Morel ya no me inquieta tanto.

FER. (con orgullo.) Qué decís?

GEN. Que su fortuna y la mía están aseguradas.

FER. Por qué?

GEN. Porque el que ha robado el diamante sois vos! Porque al fin se descubrieron vuestros crímenes.

FER. Caballero, no entiendo lo que decís; pero no tengáis cuidado; (con intención.) recomendaré vuestra causa al escribano... y espero veros pronto en libertad.

GEN. No ignoro vuestros ardidés, señor Ferrand, mas tened entendido, que la sonada la hora, en que caiga al suelo el antifaz de hombre honrado conque os encubris. (vase foro.)

CAR. Vamos fuera. (vanse todos foro derecha.)

ESCENA III.

FERRAND, el DOMINE.

FER. (al Dómine.) Mira bien á ese hombre.

DOM. Le conozco; que le queréis?

FER. Va te lo diré. Pero cuéntame cómo has venido aquí; yo te hacia en la granja de la duquesa de Trarville.

D. M. He estado, y todo ha salido bien.

FER. Encontrasteis á Flor María?

DOM. Con vuestras excelentes noticias no era difícil.

FER. Y os habeis apoderado de ella? (con interés.)

DOM. Trabajo nos ha costado.

FER. Cuando me la entregarás? (con ansiedad.)

DOM. Tened un poquito de paciencia; antes debemos arreglar nuestras cuentas.

FER. Veamos. (se sientan junto á la losa.)

DOM. (ap.) Va de cuento. (alto.) Despues de haber encerrado á Flor María en lugar seguro, dejando sus vestidos orillas del Sena, para que sirviesen de indicios de un suicidio, tuve la fatal idea de venir á Paris, donde he sido detenido y arrestado; pero como en la quinta me entregaron una carta de la Mochuelo, en la que me enteraba del doble papel que representais, no he dudado en escribiros, convencido de que los cómplices de un crimen, deben prestarse mútuos auxilios.

FER. (ap. viendo arena en el suelo.) Tanta arena por aquí! Es cosa estraña!

DOM. Oh! la Mochuelo ha hecho un admirable descubrimiento. Sois el hombre de dos caras, el cómplice de vos mismo; el hombre de la barba roja es el confidente del de los anteojos verdes; ¡pero que confidente! No os venderá, estais seguro el uno del otro!

FER. (ap.) Esa losa se mueve! (La loseta se levanta y se descubre la cabeza de un hombre! Ferrand lo observa todo.) Basta, podeis perderme; pero como sois un hombre de razon, nos entenderemos.

DOM. Corriente; mas soy franco y os prevengo, que pienso abusar de mis ventajas.

FER. (dirigiéndose á la loseta y tocándola con el

baston.) Amarga es vuestra ironía... Hablemos con seriedad; y qué precio poneis á vuestro silencio? (pegando con el baston, ap.) Aquí debe haber gente

DOM. Si viviera en vos un picaro cualquiera con 12000 francos saldríais del apuro; pero mis pretensiones crecen á proporcion de la austeridad de que os habeis revestido, de la prividad de vuestro carácter, de la ilimitada confianza que os habeis sabido grangear. Admirad, á pesar de tales precedentes, mi moderacion... me contento con 10,000 francos por cada mentira.

FER. Treinta mil francos?

DOM. Y mas adelante nos volveremos ver?

FER. (introduciendo la punta de su baston por debajo de la loseta.) Nos volveremos á ver!

DOM. (cogiéndole del brazo, al ver descubierto su secreto.) ¡Gran Dios! Qué vais á hacer?

FER. Me parece que entra por aquí una corriente de aire...

DOM. Efectivamente; aqui son muy necesarias, y por eso se mantienen ocultas.

FER. (levantando la losa.) Muy mal hecho; las corrientes de aire son dañosísimas, voy á preveniroslo al carcelero.

DOM. (deteniéndole.) Os agradezco la buena intencion; hace tres meses que se trabaja en ese subterráneo.

FER. (con altivez.) ¿Dónde está Flor María? (la losa se levanta y se vé la cabeza de un hombre que escucha.)

DOM. En la isla de los devastadores, y esta noche me esperan allí con ella Francisco y la Mochuelo, cerca del puente de Asmieres.

FER. Corriente.

DOM. Pero como habeis descubierto aqui esta losa?

FER. Ese jóven, que al salir me habló, y que me dijisteis que conocíais... (ap) Ah, German! no tardará en sonar la hora de mi venganza.

DOM. Con que es él! Miserable! Antes de dos horas debiamos huir.

FER. Nada hay perdido; él me ha encargado que os delatase para librarse de vuestra sospecha... con que tenéis una hora.

DOM. Una hora! tiempo bastante para castigar á un traidor.

FER. Y esta noche en el puente de Asmieres...

DOM. Nos encontrareis. Mas si se malogra vuestra tentativa...

FER. Consistirá en que habeis dejado vivir á German.

DOM. Si, pero vos tambien no ignorais...

FER. Y no os parece que me conviene veros lejos del poder de la justicia?

DOM. Sin embargo, me amenazabais hace poco...

FER. Para aterraros; necesitaba que antes de responderme tubieseis tiempo para reflexionar.

DOM. (ap.) Es mas astuto de lo que yo me figuraba.

FER. (al carcelero que acaba de entrar.) Quereis conducirme á la escribanía?

CAR. Esa es. (le abre la puerta: luego dirigiéndose á los de afuera.) Ya podeis entrar.

DOM. (ap.) Pensemos ahora en German, y en los medios de castigar su traicion.

E-CENA IV.

Todos los presos, entre ellos GERMAN, entran en confusión.

MAS. *(en voz baja á German.)* Acabais de recibir una carta... Buenas noticias sin duda.

GER. Si, mañana, gracias á un noble y desinteresado protector, espero recobrar mi libertad.

MAS. Pues hasta entonces, vivid con cuidado.

DOM. *(dirigiéndose á Mascavinagre.)* ¿Qué le estáis diciendo?

MAS. Yo! nada, repasaba la historia de Canijo y Mata-chicos.

DOM. Bueno. *(á Benito y Barbillon.)* Sabed que hay entre nosotros un traidor.

BAR. Un traidor!

BEN. Dime la primera letra de su nombre, y te prometo hacer justicia. Vamos, habla, ¿dónde está?

DOM. *(señalando á German que se halla á la derecha.)* Allí. *(Mascavinagre escucha atentamente.)*

BEN. German! ¿Cómo lo sabes?

DOM. Tengo pruebas; es un hipócrita.

BEN. Me haces sospechar... Ahora mismo le decia el carcelero, que de un momento á otro le enviaria á llamar el director.

DOM. Pues es preciso que ese llamamiento sea en vano.

BEN. *(con aire resuelto.)* No irá, me encargo de ello.

MAS. *(bajo y con espanto.)* Está perdido!

DOM. Ya comprendo, ¿pero cuándo?

BEN. Cuando se vaya el carcelero.

DOM. Acuérdate que esa es la ocasion de escucharnos.

BEN. Mientras bajan los primeros, nos veremos las caras German y yo.

DOM. *(señalando la loseta.)* El otro continua ahí aguardando; ¿pero se irá el carcelero?

BEN. No lo dudes; cuando nos vea entretenidos con la relacion de Mascavinagre, se irá, como de costumbre, á comer.

DOM. Los amigos estan corrientes?

BEN. Como nosotros.

DOM. Pues si logramos escapar, será el puente de Asmieres el lugar de nuestra reunion.

BEN. *(bajo.)* Por qué?

DOM. Porque allí estará el hombre de antes, y sabe el diablo lo que podrá haber.

MAS. *(oyendo el reloj que da la media.)* Solo resta media hora! *(ap.)* Si pudiera salvarle haciendo que el carcelero se quedase á oírme!

DOM. *(bajo á Benito.)* Pero es preciso hacer algo, el tiempo pasa y la impaciencia me devora.

BEN. *(alto.)* Vamos, Mascavinagre, relátanos tu historia de Mata-chicos.

CAR. Bueno, bueno; no me pesará vos tan entretenidos; así podrá decir dos palabras á mi potage.

MAS. *(ap.)* Ganemos tiempo. *(alto.)* Convenido, señores, pero con una condicion tambien á mi me gusta darme mis ratitos de placer, y con veinte sueldos lo consigo; por veinte sueldos, señores, podeis oír al famoso Mascavinagre.

BEN. Te se darán cuando concluyas.

MAS. Neenacnam... antes, antes.

BEN. Nos crees capaces...

MAS. Yo... á ello, á ello.

BEN. Pongo dos sueldos. *(con intencion)* ¿Quién es tacano cuando se trata de lograr tan gran placer?

MAS. *(recogiendo lo que cada uno dá.)* Nueve, diez, once, trece... malisima cuenta. Haced un esfuerzo, vosotros los ricos, los capitalistas, los banqueros; no faltan mas que siete sueldos; siete desdichados sueldos. ¿Me hareis creer que estais aqui injustamente, ó que teneis muy mala mano?

GER. Ahí van, tomad diez.

MAS. Es mucho hombre! *(ap.)* El mismo se entrega á sus enemigos; diez minutos hubiera ganado con mi guante.

BEN. *(bajo á Dómine.)* Se vá á su rincon como acostumbra; como quien no hacena nada me pondré á su lado.

MAS. El último contribuyente se ha portado como un buen muchacho; yo espero que le dejareis un puesto de honor al lado del Cronista. *(toma á German de la mano y le dice en voz baja.)* Tened y guardaos; os va en ello la vida.

BEN. *(bajo.)* Mejor, meos tengo que andar. *(alto.)* ¿No empezas, Mascavinagre?

MAS. *(ap.)* Muy bien, es necesario buscar un medio para detener al carcelero. *(alto.)* Empiezo pues. En otro tiempo, en la pequeña Polonia... *(al carcelero que parece salir.)* Creo que era antes vuestro cuartel, carcelero.

CAR. No, antes vivia en la calle del Gato pescador.

MAS. Linda calle á fé mia, corre un arroyito por medio.

BEN. *(impaciente.)* Caramba! ¿acabarás?

MAS. Habia en la pequeña Polonia un hombre tan malvado que le llamaban Mata-chicos; sus cabellos eran rojos, verdes sus ojos, negra su lengua, su color el del cordoban. Iteenia Mata-chicos á estos grandes atractivos, la posesion de un sinfin de monos, de zorros, de tortugas de cochinitos de la India, y por cada uno de estos animales, tenia á sus órdenes un chico abandonado. *(el carcelero dá un paso para retirarse.)* Pero carcelero, ¿no quereis ver á Canijo? Voy á presentárosle.

CAR. Que sea pronto

MAS. Canijo, uno de estos niños, el mas miserable por cierto, recibia casi todos los dias senda racion de golpes, que los monos y sus compañeros se encargaban de repartirle.

CAR. Pobre chico!

DOM. *(á Benito.)* No se vá el carcelero.

BEN. *(bajo con cólera.)* No acabarás, tortuga del diablo?

MAS. Canijo, que era muy debil y muy poca cosa para vengarse, lloraba y se consolaba, impidiendo que los animales grandes se comiesen á los pequeños.

CAR. Qué buen corazon!

MAS. Veo que os vá interesando, carcelero; cuando os digo que impedia que los animales grandes se comiesen á los pequeños, ya comprendereis que no hablo de los monos y los zorros, me refiero á menos; si veia que una araña, oculta en su tela para devorar á una pobre mosca que volaba imprudente, rompía la pèrvida red, salvaba la mosca, y concluia con su enemigo.

BEN. Qué insipido estas!

MAS. Insipido! Apelo al buen juicio de nuestro

guardian; veremos lo que dice cuando oiga el sueño que tuvo una noche Canijo.

CAR. Bueno, pero despacha.

BEN. Ya se lo digo yo! (*con intencion.*)

MAS. Soñó pues, que era él una de tantas moscas salvadas por su mano, y que se veia enredado en una espesa y fuerte tela, y para librarse forcejeaba inutilmente. En lo mas reñido de la lucha, vé que se dirige á él un monstruo terrible sobre un cuerpo de araña, y que tiene la cabeza de Mata-chicos; la araña se acerca, ya le toca, ya siente espeluznado el contacto de las patas frias y horribles que le aprisionan, que le atentan y rodean... ya se cree muerto.... mas he aquí que de repente vé por los aires una linda y dorada maripusa, que lleva en su frente una especie como de dardo ó aguijón, formado por una aguja de diamante, que revolotea furiosa en torno de la tela de araña.

CAR. Caramba! Es cosa muy divertida! (*se sienta.*)

MAS. (*ap.*) ¡Se ha salvado!

BEN. (*bajo.*) Ganas me dan de despachar á los tres. *Voz. (dentro.)* ¡arcelero, la comida. Solo faltan cinco minutos.

CAR. (*levantándose*) Se continuará.

MAS. (*que observa á los presos, trata en vano de detener al carcelero; así que este se vá se acerca un instante á German, y dice dirigiéndose al fondo*) Tened cuidado, señor German.

BEN. (*arrojándose contra German.*) Verdad es lo que dice, porque aquí tienes á tu araña.

FR. (*que estaba oculto en el fondo, se lanza á la escena, y coje á Benito por el cuello.*) Y aquí tu mariposa dorada.

BEN. (*forcejeando y dejando á German.*) Qué es lo que tienes tú que hacer aquí?

FR. Defender á un amigo, contra los que viles quieren asesinarle. (*la losa se levanta y aparece un preso.*)

DOM. (*precipitándose en el agujero, Benito y Barbillon le siguen.*) Somos vendidos. Sálvese el que pueda. (*muchos le siguen.*)

Voces. (*dentro.*) A las armas, á las armas!

CAR. (*saliendo con los soldados, los cuales apuntan con los fusiles á los presos.*) Fuego al que se mueva! Cojed todas las puertas á fin de que ninguno pueda escaparse, y vosotros penetrad en ese subterráneo. Ay de ellos si tienen la desgracia de caer en mi poder!

(Cuadro general: unos soldados se apoderan de las puertas, y otros, sable en mano, se meten por el agujero donde se fugaron los presos. Cae el telon.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

El DOMINE solo en la ribera izquierda.

DOM. Vive Dios que no hemos escapado de mala

bolina! Lo que siento es no haber escarmentado al hipócrita de German! Y el Tremendo? Qué ganas le tengo!... Sino es por la llegada del carcelero con los soldados, á buen seguro que no sale de la cárcel, sino es para ir al cementerio.... Veamos qué novedades hay por aquí.... (*llamando.*) Francisco. . Francisco!

ESCENA II.

Dicho, y FRANCISCO por detrás del ojo del puente izquierda.

FRAN. Qué quieres?

DOM. Qué tenemos de bueno?

FRAN. Nada de particular; hace poco que pasaron los de la boda de la quinta, que según dijeron, iban á bailar toda la noche en la posada de la Carreta de Oro.

DOM. Y Flor Maria?

FRAN. Encerrada en la cueva.

DOM. No la pierdas de vista. Esta noche debemos partir, y no sé cómo deshacerme de esta muchacha. Despues de la muerte de la Condesa de Mac-Gregor, y del avance que dimos á sus riquezas, que por cierto fueron á poder de la justicia, no me atrevo á entrar en Paris. Si el picaro de Ferrand me la pagase á buen precio, puede que tal vez....

FRAN. Pero á qué vuestra maldita mania de apoderaros de ella? Ya que estaba en poder de su verdadero padre, debiste dejarla, y no esponerte á tales contratiempos.

DOM. Quise tentar un nuevo golpe, y sino es por aquel criado, lo conseguimos completamente. Dueño de una llave de la puerta falsa del jardín de la Condesa, y teniendo en cuenta la confusión que ocasionaria la herida que recibí, nos colamos hasta su gabinete, donde mientras la Mochuelo y tú cargábais con Flor Maria, Benito, Barbillon y yo reuníamos sus mejores alhajas; mas hete que al atravesar un pasillo sienten ruido, y comienzan á dar voces. Confusos y asustados buscábamos por donde huir, en el momento que una tropa de criados nos cerca por todas partes, nos atan codo con codo, y en medio de unos soldados nos conducen á la cárcel. Lo demas, acerca de nuestra evasión, ya lo sabes, y escuso confártelo. Ahora, pensemos en buscar los medios de salir de Francia. Llama á Flor Maria.

FRAN. Al momento la teneis aquí. (*vasc.*)

ESCENA III.

El DOMINE, y á poco FLOR MARIA.

DOM. No tengo tiempo que perder; esta noche debe venir Ferrand, y es preciso asegurar el golpe. Si á favor de una sorpresa pudiese conseguir.... (*viendo venir á Maria.*) O!a, niña!

FLOR. Qué me queieres?

DOM. Casi nada. Supuesto que no podemos seguir juntos, he determinado que vuelvas á casa de Santiago Ferrand.

FLOR. Y por qué no á la de mi ilustre padre? Creéis evitar el justo castigo que os amenaza? A estas horas habrá dado parte á la justicia, y no tardarán en saber vuestro paradero. Temblad, temblad.

DOM. Eh! necias bravatas! Ignoras que te encuentro en mi poder?

FLOR. No tardaré mucho en estarlo en el de las generosas personas que me salvaron. Mientras encerrada en la cueva me era imposible huir, debía callar; pero ahora estamos al lado de un camino, cerca de un puente, y estoy decidida a no abandonar este lugar seguro, hasta que una voz amiga haya respondido á mis gritos. Doce horas despues de haberme librado de vuestra odiosa presencia, haré presentes vuestros crímenes, y la espada de la ley caerá sobre vuestra cabeza. Huid, huid.

DOM. Caramba, esto merece reflexionarse! (ap.)

FLOR. Alentada por la noble sangre que circula en mis venas, estoy resuelta á arrostrar los peligros que me corquen. Ahora conozco vuestros crímenes, sé quiénes son vuestros cómplices, y en vano evitaremos el castigo que os amenaza. Solo de una manera pudiérais evitarle; conducidme á casa de la Marquesa de Harville.

DOM. A casa de la Marquesa? Es imposible!

FLOR. Haced lo que gustéis; ya oísteis mi última resolución.

DOM. (ap.) Ella misma se condena; mi vida y mi libertad estan en sus manos! Pero si muere, nada puedo esperar de Ferrand! Tengo mas que presentarme en casa de este, y ocultándole lo que vá á suceder, obtener tal vez los medios de asegurar mi fuga?... Un crimen mas!... Vanos escrupulos, pensemos en salvarnos.

FLOR. Ah! gente en el puente! (con alegría.)

DOM. (amenazándola con el puñal.) Si hablas una palabra eres muerta.

ESCENA IV.

Dichos, el TREMENDO y TORTILLARD en el puente, cada uno por su lado.

TRE. Qué has visto?

TOR. Solamente la boda.

TRE. Y German?

TOR. Continúa sus investigaciones por el lado del bosquecillo.

TRE. No, pues en este lugar era la cita, porque yo lo oí perfectamente.

DOM. Es el Tremendo! (á Maria que forcejea por desasirse.) Eh! no te tomes tanto trabajo, yo mismo le llamaré.

FLOR. Vos!

DOM. Eh! por aquí, Tremendo! (llamando.)

TRE. (mirando desde el puente.) Quién me llama?... Es el Dómine!

DOM. Por aquí.

TRE. Ahá voy.

TOR. (deteniéndolo.) Solo!

TRE. Si te parece aguardaremos á los otros dos, eh? Busca al señor German, y dile que ya hemos encontrado lo que buscábamos. (el Tremendo desaparece por la izquierda, Tortillard por la derecha.)

DOM. (ap.) Bien pensado! Me desembarazo de ella, y de un tiro mato dos pájaros. Ahí está el bote del devastador; una hálbula que se levanta de antemano, dá entrada al agua que debe sumergirle. (á Maria.) Ya ves, como accediendo á tus deseos, acabo de llamar á un amigo.

FLOR. (ap.) No acierto á comprender...

DOM. Desconfías de mí?

FLOR. Sí.

TRE. (saliendo.) Y dé mi también!

FLOR. De vos no.

TRE. (al Dómine.) Ya estás de mas aquí, larga.

DOM. Por qué? No estabas tu preso como yo? No te has fugado también?

TRE. Por la puerta! Si creará el amigo que yo también soy ladrón? Verdad es que me prendieron en el acto de estar fracturando una ventana, eso bien lo sabes tú; pero ignoras que era la de mi cuarto, y que yo mismo había escogido el momento mas á propósito para que me prendieran, porque deseaba disfrutar de vuestra compañía para defender al pobre German, que sin mi auxilio ya no existiría. Ahora bien, como á todo vecino le está permitido romper sus ventanas, se entiende, con la condicion de componerlas, en cuanto confesé á los jueces el motivo de mi tentativa y su objeto, se han reido en mis barbas, me han plantado en la calle; y yo, que sabia donde encontraros, porque desde mi escondite habia oido tu conversacion con Ferrand, he venido á buscarte.

DOM. Oye de lo que se trata; á Flor Maria no le conviene estar conmigo, y aunque la conviniera, nos embarazaría mucho en el viaje que pensamos hacer al extranjero. La devuelvo su libertad, y te encargo que la acompañes.

FLOR. De veras?

DOM. Ahora mismo.

TRE. (á Flor Maria.) ¿Dónde queréis ir?

DOM. A la quinta de la señora Marquesa.

TRE. Venid.... Todavía el Dómine conserva en su corazón buenos sentimientos.

FLOR. Partamos, partamos. (sube por la ribera.)

DOM. (bajo.) Todavía no. (dá un silbido.)

TRE. ¿Qué significa eso?

DOM. No lo has oido?

TRE. Es una señal.

DOM. Admiro tu sutileza.

TRE. ¿Para qué?

DOM. Llamo á mis compañeros de viaje.

TRE. Es cierto! Se encuentran en los alrededores!

Oh! me tendrás un lazo! (baja.)

DOM. Un lazo! ¿Sabia yo que ibas á venir? ¿Sabia por donde te marcharías? (se dirige al bote y le prepara.)

TRE. No nos iremos por el camino en que estan apostados los enemigos de esta niña.

DOM. (entrando en el bote.) Vete por donde quieras.

TRE. (se dirige á él y le agarra.) Sal de ahí.

DOM. (defendiéndose.) Por qué?

TRE. Quiero el bote.

DOM. No es mio.

TRE. Tan bueno soy yo como tu para entregarlo.

Entrad sin miedo, hija mia.

DOM. (queriendo recuperar el bote.) Le necesitamos para huir.

TRE. (entra con Maria.) Nosotros también.

DOM. (deteniéndole.) Es nuestra última esperanza.

TRE. (amenazándole.) Guárdate de mis manos.

DOM. (dando otro silbido.) A mi, amigos míos.

TRE. Estaba seguro. (remando.) Nos hemos salvado!

DOM. Se han perdido! (con alegría feroz.)

FLOR. Gracias, Dios mio, por haberme enviado un protector.

DOM. Ahora á la isla de los devastadores. (vase.)

ESCENA III.

El TREMENDO, FLOR MARIA, TORTILLARD, GERMAN, aldeanos, FLOR MARIA está de rodillas en el bote mientras el TREMENDO rema.

FLOR. (*levantándose.*) Mirad! agua! agua!
TRE. (*remando.*) No tengais miedo.
FLOR. Ved como se aumenta!
TRE. (*arroja los remos, se desnuda.*) Horrible traicion!

FLOR. No me abandonéis! (*el bote choca con el pilar del puente y zozobra.*) Socorro! Socorro!
(El Tremendo se agarra con una mano a un anillo del puente, sosteniendo con la otra á Flor Maria que está desmayada.)

GER. (*que llega al puente con Tortillard.*) Una barca que zozobra; socorro!

TOR. (*atraviésala el puente corriendo.*) Por aquí!
TRE. (*á Flor Maria.*) Agarraos bien, no os soltaré.

GER. Valor! Afianzaros bien! Cuerdas! Cuerdas!
TRE. Buscad una barca; Maria está desmayada, y yo no puedo estar así mucho tiempo.

TOR. No hay por aquí ninguna.
GER. (*salta del puente.*) No puedo presenciar pasivo tal desgracia.

TOR. (*deteniéndole.*) Qué intentais? (*German salta al río.*)

TRE. Aumentar las víctimas.
TOR. Una barca! Ya viene una barca! (*una barca tripulada por un aldeano sale por detrás de los que están arriados á la derecha.*) Eh! Buen hombre, despachaos! (*al Tremendo.*) Manteneos firme un momento. Ya viene! ya viene!! (*el aldeano del bote recoge á Flor Maria de los brazos del Tremendo.*) Se ha salvado! viva! viva!

TRE. Cuidad de ella!
TOR. Y tú?

TRE. No hay que temer... el agua y yo somos asociados antiguos... y de todos los días...
(El bote se aleja; mientras el Tremendo se lanza al agua, el hombre del bote levanta su sombrero, y descubre las facciones de Santiago Ferraud.)

FER. Ahora ya es mía; no se me escapará otra vez.

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

El teatro representa lo interior de la cabaña de Marcial, en la isla de los devastadores. Varios instrumentos de pesca están derramados por el teatro; á la derecha, y como en segundo término, hay una puerta que conduce á una pieza de entrada. En el fondo hay una ventana, desde la cual se deja ver el río.

ESCENA PRIMERA.

El DOMINE, BENITO, FRANCISCO, BARBILLON y otros presos.

(Al alzar el telon se les vé agrupados en el suelo al derredor de una mala mesa, con los vestidos desordenados y llenos de polvo, en la actitud de hombres desesperados.)

BEN. Vive Dios que estamos locidos! No podias esperar á que viniese Ferrand y le hubiésemos desplumado?

DOM. No juzgas lo mejor procurar desbacernos de semejante espia? Tanto peor para el Tremendo que se encontraba allí.

BEN. El maldito sabe nadar como un perro de Terranova. Dónde está Francisco?

DOM. Ha quedado observando á la entrada de la isla. Pero calla; aquí lo tienes.

BEN. (*á Francisco.*) Qué hay?

FRAN. Un barco que baja á la isla.

BEN. Sob Gendarmes?

FRAN. No; lan solo veo un hombre que rema, y un bulto en la proa.

BEN. (*asomado á la ventana del fondo.*) Ya llegan.

BEN. (*que está tambien en la ventana.*) Y ese bulto es una muger desmayada. Viene de este lado.

DOM. (*á la puerta.*) Amigos míos, es Ferrand. (*á un angulo del teatro.*) La Marcial, recíbele y envíale por aquí. (*cierra la puerta.*) Tened cuidado no nos vea, ya entra; escuchemos qué es lo que dice á la Marcial.

BEN. (*escuchando.*) La encarga que encienda lumbre y haga volver en sí á la jóven.

DOM. (*mirando por la cerradura.*) Es Flor Maria! viva... (*ap.*) Y en manos de Ferrand! Siempre vencido por él!.. Que me presente Salanás una revancha, y le juro que la tomo completamente.

BEN. Ya está aquí. (*se dirigen al fondo y Ferrand entra sin verlos.*)

ESCENA II.

Dichos y FERRAND.

FER. (*creyéndose solo.*) Todavía me es favorable la fortuna; no huiré solo; ella me acompañará.

DOM. (*presentándose.*) Y yo que tenia haceros esperar en el puente de Asmieres!

FER. (*sorprendido.*) Tú aquí!

DOM. (*mostrando á los otros que se acercan.*) Con algunos amigos.

FER. Un lazo?

DOM. Vuestra discrecion nos prestó esta mañana un gran servicio, y es necesario que vuestra generosidad concluya una obra empezada con tan buenos auspicios.

FER. Qué quieres decir con eso?

DOM. Que nos vemos en la precision de partir y no tenemos como pagar los gastos del viage.

FER. Las circunstancias son bien críticas.

DOM. Lo son menos desde que os encontráis entre nosotros.

FER. A mí me gustan las cosas claras.

DOM. Lo que es en ese punto, nada os quedará que desear. Dareis á uno de nosotros un papel, á cuya vista se abrirán todas las puertas de vuestra casa en la calle del Temple; le entregareis asimismo llaves de escritorios, etc., y cuando baya regresado con un resultado satisfactorio, os podreis marchar, como cada uno de nosotros, á un país donde los ojos estén menos abiertos, y las puertas de las cárceles sean algo mas estrechas.

FER. Y si me negase á ello?

DOM. (*enseñándole un puñal.*) Está envenenado.

BEN. Y el río...

FER. Pues he aquí mi respuesta, no menos clara y terminante; os voy á dar el escrito que deseais, y á entregaros las llaves.... vuestro encargado recorrerá todo con especial cuidado, y

á su regreso no me sorprenderé si no quedais tan satisfechos como os prometéis del bolin, por el cual habreis arriesgado vuestra cabeza y la soya:

DOM. Luego has escondido tu tesoro?

BEN. Hablando claro, lo que nos hace falta es dinero, lo entendeis? Otros mas guapos que vos lo han largado; conque así, dinero... mucho dinero... Al avio, y pronto.

FER. Tambien yo á mi vez voy á decirlos lo que quiero. Vosotros vais á partir en el momento, y me dejais en la isla solo con Flor Maria.

DOM. sabe mis secretos.

FER. Tranquilizate, no le hará traicion. Cuantas lanchas hay en estos alrededores?

DOM. La nuestra, otra que está mas abajo al cabo de la isla, y la que vos habeis traído.

FER. Y al otro costado?

DOM. Ninguna.

FER. Pues cuando desembarqueis dareis tal discrecion á vuestra lancha, de modo que ninguna persona pueda venir aqui.

BEN. (comprendiendo.) Ah, ya!...

DOM. Escucha y calla.

FER. Y desde este momento, donde quiera que me encuentre, en Francia, ó fuera de Francia, tendré derecho para quitar la vida á todo el que diga una palabra, ó haga un gesto cualquiera por el que pueda colegirse que me conoce.

DOM. Caramba! Esas condiciones son duras...

FER. Tambien el premio es grande.

DOM. Cuál?

FER. Una fortuna.

DOM. Una fortuna!

BEN. Si cumples lo que prometes, te juro en nombre de mis camaradas obedecer tus órdenes.

FER. (señalando al Dómine.) El que debe jurar es este, no vosotros.

DOM. Dudas de mí?

FER. (al Dómine.) No es esta noche cuando el príncipe de Gerolstein se casa con la marquesa de Harville?

DOM. Si.

FER. No deben partir tan luego como termine la ceremonia?

DOM. Efectivamente.

FER. ¿No deben atravesar en su marcha el bosque de la Garenna que rodea el castillo?

DOM. Es cierto.

FER. Cuantos hombres serian necesarios para detener el coche, á pesar de los cocheros y criados, y apoderarse de la cajita del príncipe, que contiene trescientos mil francos, y joyas de la marquesa valoadas en el doble?

DOM. Seis.

FER. Os atreveis?

D. M. (por Ferrand, á los otros.) Tiene razon; este era el depositario de las riquezas de la marquesa de Harville y ha debido entregarle... Es nuestro amigo, nuestro salvador; compañeros, debemos creerle.

DOMOS. Si, si.

FER. Que torpes sois!

BEN. (a Ferrand.) En el bosque de la Garenna... No os equivoicáis?

FER. A quinientos pasos del castillo... Un millon!

DOM. Será para nosotros!

BEN. Antes que amanezca, nos veremos ricos!

DOM. Seguidme, compañeros, venid, venid...

FER. (enseñando la ventana.) No, por aquí. (á Barbillon.) Tú te llevas á la Marcial. (los otros salen por la ventana.)

ESCENA III.

FERRAND, solo.

Partid enhorabuena, vosotros los que quereis hacer de mí una víctima, y de quien he hecho yo mis instrumentos.... Virtudes, debilidades, vicios, de todo he sabido servirme, como he sabido burlar vuestras amenazas. Mi proyecto de fuga con los despojos de las personas á quienes he engañado, es un poco atrevido.... He aquí mis dos pasiones, el doble fin de mi vida: mi tesoro y Flor Maria; todo lo he conservado... mi tesoro y mi cajita, contada á la tierra, donde niangan ser humano puede encontrarla, Flor Maria... Flor Maria que me seguirá... Si, es preciso. Mis promesas, mis súplicas la decidirán. La quiero tanto! tengo tanto oro! (va á la ventana.) Ah! ya se alejan... faltarian á su promesa?... No, el barco desaparece, estoy solo... nadie puede venir... (mirando á la puerta que ha quedado abierta.) Flor Maria!... Todavía desmayada... No, ha hecho un movimiento, se levanta y viene.... Momentos descados! instantes que ambicioné con todas las veras de un corazon demasiado tiempo comprimido! horas de expansion, de libertad, al fin habeis llegado!

ESCENA IV.

FERRAND y FLOR MARIA.

FLOR. (corriendo apresurada.) Salvadme! Salvadme!

FER. (recibiéndola en sus brazos.) Va no hay peligro! Por qué temeis?

FLOR. (retrocediendo con terror.) Sois vos... Dios mío!

FER. Yo, que os he arrancado á una muerte cierta.

FLOR. Pues bien! sed completamente generoso; conducidme al lado de aquellas personas que me aman.

FER. No penséis mas en ellas.

FLOR. Es imposible! Pues entonces, ¿qué va á ser de mí?

FER. Si tú quieres, tu suerte será á la vez brillante y dichosa.

FLOR. No os comprendo.

FER. Donde tu quieres ir, tu posicion será triste, miserable; conmigo serás dichosa. Tambien nosotros dejaremos la Francia.

FLOR. Huir con vos! Luego ignorais...

FER. Temes acaso que te condene á una vida monótona y triste, como la que arrastrabas en tu miserable mansion! Tranquilizate! Demasiado tiempo he vivido lleno de privaciones y en medio de la mas sordida avaricia... Como el que mas, amo el lujo, los placeres, los festines, y en la actualidad tengo con que satisfacer ese lujo, y tú participarás de él.

FLOR. Yo!

FER. Si, tú; oh! no me conoces. Me has visto miserable, avariento, austero, oprimido bajo

el peso de los negocios, encorbado bajo una humedad fingida; me has creído viejo, triste y severo. No! no! aun soy joven por mi energía y por mi atrevimiento.

FLO. Ah! tengo miedo... (como queriendo huir.)

FER. Que es, pues, preciso para tranquilizarte? Necesitas que te conlese mi debilidad? Bien, si, yo te amo como un insensato. No puedes figurarte cuanto padeci, el día que te finste de mi casa... Si, padeci mucho... Intereses, deberes, dinero, todo lo olvidaba. Solo pensaba en ti... a nadie quería sino á ti... Te he encontrado... te he salvado... y antes me arrancarían la vida que separarte de mi lado.

FLO. Jamás me obligareis á segueros! jamás!

FER. Olvidas que estás en mi poder?

FLO. (queriendo huir.) Ah!

FER. (deteniéndola.) No! tranquilízate... no abusaré de mi poder; pero al menos.. permíteme que me postre á tus pies, humilde y sumiso... Cállate; déjame hablar... no escuches sino mis súplicas, no atiendas sino á las quejas de e-a pasión que domina las demas pasiones. No oyes mi voz, sofocada por los sollozos, que tantas noches han obstruido mi sueño? ¿No notas en mi semblante huella alguna de mis padecimientos? Quisiera haber padecido mucho mas para que pudieses leer mi amor en mi rostro. Sígueme; mi voluntad se doblará á la tuya; no seré en adelante el que he sido hasta aqui; á tu lado seré compasivo, humano, generoso. Haré bien... Qué es preciso decir! hacer para convencerte? Escucha... no lo digas á nadie... tengo oro... mucho oro... le quieres? Te le daré... los dos disfrutaremos de él... Me casaré contigo... si, mi fortuna, mi nombre es tuyo.

FLO. Vos! vos!.. Cargado de crímenes!

FER. De crímenes!

FLO. Hace tres meses que en el barrio...

FER. Quién ha podido decirte?..

FLO. Ayer lo referian vuestros cómplices.

FER. Flor María, los inicios me calumniaron.

FLO. No, que con bastante claridad refirieron mi sucesos de vuestra vida. He aqui la razon de por qué os aborrezco.

FER. Aborrecerme tú? Y no reflexionas...

FLO. ¿Qué podreis hacerme? Matarne? Hace tiempo que la vida es para mí una carga insupportable.

FER. Todo puedo intentarlo. Estamos solos....

FLO. Socorro!

FER. Escucha... Todavía puedes...

FLO. Huye, asesino!

FER. Ten piedad de mí!

FLO. Espíritu del mal, aléjate!

FER. (lleno de cólera.) Llegó tu última hora!

FLO. (echándose á sus pies.) La muerte! por piedad! la muerte!

FER. (queriendo abrazarla.) Antes tu amor.

FLO. Socorro! Socorro! No habrá quien me favorezca?..

FER. Solo Dios puede venir en tu socorro.

(Se abre la ventana del fondo y da paso á German que se precipita en el cuarto, y á Tremendo que entra por la puerta. Traen solo pantalón y camisa, y parecen haber salido del agua.)

ESCENA V.

FERRAND, FLOR MARIA, el TREMENDO y GERMAN.

FER. Te equivocas, malvado, y los hombres también.

FER. (cogiendo una pistola de encima de la mesa y descargandola sobre el Tremendo, quien se agarra á él y tuchun a brazo partido.) Ha llegado tu fin! (Flor María se acoge á German, quien viendole titubear al Tremendo, se adelanta hacia él.)

GER. Te han herido?

TRE. (que tiene á Ferrand entre sus brazos.) No; no; huye.

FLO. ¿Y vos?... (German la impele hacia fuera.)

TRE. (á German que está fuera.) Pronto! á la lancha!

FER. (al Tremendo que parece cesar en la lucha.) Tu sangre corre... tus fuerzas se agotan.

TRE. Todavía no. (Flor María y German atraviesan en la lancha el fondo del teatro.)

FER. (rechazandole por un último esfuerzo.) Maldito seas!

TRE. (cayendo desfallecido.) No puedo más!

FER. ¿La lancha, una lancha.

TRE. (desfallecido.) V é a buscarla al otro extremo de la isla.

FER. Maldiccion! No has de gozarte en tu obra..

TRE. Ya te es difícil alcanzarlos.

FER. (cogiendo y atandole las manos.) Pues bien, prepárate á morir.

TRE. (enteramente desfallecido.) Has de mí lo que quieras.

FER. Dentro de algunas horas, tu príncipe y Madama de Harville, serán atacados en el bosque por el Dómine y sus compañeros.

TRE. ¿Qué dices?

FER. (que ha entrado un momento en el aposento lateral, se acerca al Tremendo.) A Dios, Tremendo, encomienda tu alma al Criador... (se ven llamas en el aposento lateral.)

TRE. Fuego! Fuego!

FER. Quiero aborriarte el dolor de ver la suerte que preparo á los que tú amas.

TRE. (tiendo de desahucarse.) Misericordia, Dios mío! Socorro!... socorro! Yo quiero vivir mas! (las llamas se van aumentando; Ferrand sale por la ventana del fondo.)

FER. Y yo quiero que mueras! (salta por la ventana.)

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO.

El teatro representa un espeso bosque, con varias entradas y salidas practicables, que para mayor ilusion del espectador, pueden formarse en el centro del teatro por medio de chaparros y árboles que puedan ocultar una persona. A la derecha la entrada de una cueva ó gruta formada de peñascos, y á su lado un árbol grande. Empieza á amanecer, pero siempre oscuro á causa de la espesura del bosque.

ESCENA PRIMERA.

EL TREMENDO, aparece desmayado en el suelo y TORTILLARD, de rodillas junto á él, siguiendo sus movimientos; Tremendo tiene vendado el muslo con un pañuelo.

TRE. Tremendo!.. Tremendo!.. no me responde...

bace mas de hora y media que está desmayado!.. Ya se vé, su herida, el cansancio... Cás-pita, hemos andado tanto desde que dejamos la isla de los devastadores! (*Benito y Barbillon armados, se deslizan de un lado al otro por entre los árboles.*) Me parece que se menean las ramas, y he sentido ruido tácia aquel lado! Si fuese alguno, nos prestaría socorro... Eh! Quién vá?... Nadie... Tal vez el viento que agitaría las hojas... Qué te de hacer? Qué recurso tomar en medio de un bosque? Oh! y gracias que ayer, costeano las orillas del río, divisé los primeros resplandores del incendio, y llegué á tiempo de salvarle del furor de las llamas!.. Pobre Tremendo! tan servicial, tan buen amigo para todos. (*Tremendo suspira; con alegría.*) No me engaño... ha suspirado! Tremendo... Tremendo..

TRE. Eres tú, amigo mio?

TOR. Te sientes mejor?

TRE. Si; con el fresco me he reanimado.

TOR. Y la herida?

TRE. Apenas la siento. Dónde estamos?

TOR. En medio del bosque.

TRE. Cómo! y es de día!.. Qué hora será? (*levantándose.*)

TOR. Creo que las cuatro de la mañana.

TRE. Ay Dios mio! Es muy tarde! Tal vez el príncipe habrá caído en la emboscada! Vamos, vamos corriendo á la quinta de la marquesa de Harville.

TOR. Ignoras que no nos ha sido posible el encontrarla?

TRE. No importa, ya la encontraremos... Ya hallaremos algun soldado ó aldeano que nos encamine... (*tirando del brazo de Tortillard.*) Vamos, vamos.

TOR. Pero si no puedes andar!.. Estás tan débil..

TRE. No importa; sino puedo andar, me arrastraré; si caigo, me dejarás, y entonces tendrás presente que de ti pende su salvacion... Vamos. Vamos. (*vause.*)

ESCENA II.

BENITO Y BARBILLON, observándolos.

BEN. ¿Quiénes eran esos dos?

BAR. No me ha sido posible conocerlos.

BEN. Serian tal vez emisarios de la justicia...

BAR. No lo creo; pero á qué ese temor...

BEN. Es que no las tengo todas conmigo; la hora que se nos dijo ha pasado, y temo que ese maldito Ferrand nos haya jugado una mala pasada. Te aseguro que me causa un género de vida semejante...! Siempre temiendo, no gozar de un sueño tranquilo un solo día... (*se siente ruido.*) Quién vá? (*preparan las armas.*)

ESCENA III.

Dichos y el DOMINE armado.

DOM. (*á media voz.*) Eres tu, Benito?

BEN. Si... Qué tenemos de bueno?

DOM. He estado con Francisco recorriendo los alrededores del parque, y hemos llegado hasta la puerta chica de la quinta, y todo estaba tranquilo y silencioso. He subido á un árbol, y he visto en las habitaciones ir de aquí para

allí á los criados, lo que indica preparativos de marcha; no hay duda, van á partir.

BEN. Esta dilacion empezaba á tenerme con cuidado!.. Ferrand nos dijo que el viaje debía verificarse á la una de la madrugada... y ya es de día... Dónde están los otros?

DOM. Emboscados á lo largo del camino, y prontos á la primera señal, con órden espesa de no atacar el coche, hasta tanto que estemos concentrados.

BEN. Y Ferrand?

DOM. Está recorriendo todos los puestos y animando los tímidos; desde que le prometimos dejarle á Flor Maria, muestra una actividad increíble, y tiene mas impaciencia que ninguno.

BEN. Vamos á unirnos á nuestros camaradas, no sea el diablo que lleguemos tarde al punto de reunion.

DOM. No hay que temer por ese lado; Francisco sigue rodeando los muros del parque, y le dije que con sutileza se deslizase hasta la reja de la quinta; conoce á palmos todo el terreno, está en observacion, y nos hará la señal cuando el coche empiece á salir del patio.

BEN. Bien pensado?

DOM. Oye una palabra... Debemos preveerlo todo... En el caso de que salga mal el negocio, es necesario no perder de vista á Ferrand; tal vez tendremos que ajustar ciertas cuentas...

BEN. Cómo?

DOM. Por aquí debe haber enterrado mucho oro... Se me ha metido en la cabeza!.. y ya ves, en caso de huir...

BEN. Debe pagarnos los gastos del viaje.

BAR. Yo me encargo de seguir sus pasos. (*se oye dentro tiros sueltos.*) Qué es esto?

DOM. Los nuestros, que tal vez asaltan el carruaje... Corramos á su encuentro. *vanse por una de las encrucijadas, por la otra sale Ferrand des-pavorido y sin sombrero, con el traje de aldeano del cuadro cuarto.*

ESCENA IV.

FERRAND, solo. *Va cesando el fuego.*

Todo se ha perdido!.. Las personas que venian dentro del coche, no eran otras que jendarmes, los cuales, al llegar cerca de la encrucijada donde les esperaban Benito y sus compañeros, rompieron un acertado fuego, que puso en fuga á los bandidos, no sin dejar tendidos algunos en el campo! No hay duda, nos han vendido... Ya no resta otro recurso que huir, y llevarme mi tesoro... Allí está. (*se acerca al pie del árbol junto á la cueva, aparta las ramas, y descubre una caja.*) Huiré, si, pero sin perder de vista las huellas del príncipe, que me lleva á Flor Maria... Yo les seguiré, me ocultaré, y uniré á sus pasos como el tigre á su presa... La vigilancia con que rodea á su hija, llegará un día que la crea innecesaria, y entonces podré vengarme de los padecimientos que me habrá costado tan execrable amor! Amor maldito que ahora aborrezco y detesto!.. Si, Flor Maria, tu muerte tan solo puede destruir una pasion que en la actualidad no es mas que odio y desprecio. (*sintiendo ruido.*) Cielos! viene gente...

(*tapando la caja con las ramas.*) Me habrán descubierto! Estoy perdido sin remedio...! Ituyamos.

ESCENA V.

Dicho y el DOMINE salíendole al encuentro, y BARBILLON y BENITO.

DOM. atrás!

FER. Qué pretendes?

DOM. Tengo que hablarte (*á Benito y Barbillon.*) Vigilad vosotros por ahí.

FER. Audacia y mebe salvado. (*ap.*)

DOM. Estrañarás sin duda mi venida; pues esta se dirige á que nos entregues la mitad de tu oro.

FER. Yo no tengo oro.

DOM. Es falso! Cuando te refugiaste en este bosque, uno de nuestros camaradas vió que conducías una cajita de regular tamaño, que sin duda habrás ocultado en parage seguro... Necesitamos nuestra parte.

FER. Pretendes intimidarme?... Mas valiera recordases el peligro que nos amenaza.

DOM. Ese es de ningun valor para mí, porque Benito y yo hemos jurado ó perdernos, ó salvarnos juntos.

FER. Sea como gustes.

DOM. Si, porque ya estoy cansado de ser el juguete vil de tus intrigas. Cual ha sido el precio de cuanto mal he hecho? La miseria, el miedo, y solo de cuando en cuando el olvido, comprado por la fuerza de los licores. Estoy harto de tanto padecer, y he resuelto mudar de vida.

FER. Eres dueño de elegir la que te parezca.

DOM. Es que quiero la que tú hasta aquí has gozado. Entre los dos dividíamos la potencia del mal; á mí se me reservaba la energía brutal, mientras que tú ejercías la astucia, la mentira, la hipocresía... Dormías en perfumado lecho, cuando yo recogía mis ateridos miembros en un montón de paja... Tenías gratos y sabrosos manjares, al tiempo que mi paladar gustaba negro y duro pan... Hoy ha llegado el día en que dividamos el fruto de tan infernal alianza, lo entiendes?

FER. Pues oye mi respuesta. Habiendo abandonado todas mis riquezas, nada tengo, nada puedo entregarte.

DOM. Ten presente que debemos huir, y que carecemos de recursos. (*con sangre fria.*)

FER. (*con desden.*) Ya he dicho que nada poseo.

DOM. (*con intención.*) Somos dos, y... Vamos, accede á mis deseos.

FER. He dicho que no.

DOM. (*con furor siniestro.*) Hace tiempo que tú concibes el crimen y yo lo ejecuto... Y si viéndome junto al borde de un precipicio, le concibiese y ejecutase á un mismo tiempo?... Reflexiónalo... eso sería terrible!

FER. Intentarías acaso asesinarlo?... Y qué ganarías en ello? Moriría conmigo mi secreto.

DOM. No, no te mataré, y te obligaré á que descubras el lugar donde ocultas tu tesoro.

BEN. (*entrando rápidamente.*) Gente viene! Huyamos, que ya se acercan.

FER. (*al Dómine.*) Dónde nos ocultaremos?

DOM. Dentro de esta cueva.

FER. Esta cueva! (*con terror.*)

BEN. Pronto, que llegan. (*se ocultan los tres en la cueva.*)

ESCENA VI.

El TREMEMDO, y TORTILLARD armados con pistolas, el COMISARIO de policía, soldados de infantería y dos jendarmes. Todos aparecen por las encrucijadas, rodeando el terreno, y á su cabeza los tres primeros personajes de esta escena.

TRE. (*observando.*) Por aquí... por aquí... no tengo duda; los he vi-to.

COM. Apoderaos de todas las salidas; (*á los soldados, que lo ejecutan.*) Muerto ó vivo que no salga ninguno.

FER. Muere, infame. (*dentro, saena un tiro.*)

DOM. (*dentro.*) Ay!

COM. Ese grito!.. Allí, allí. (*señalando la cueva.*)

TRE. Silencio. (*se ocultan tras de los árboles.*)

ESCENA VII.

Dichos, BENITO y BARBILLON horrorizados.

BEN. Horrible lucha!... Ese grito me llena de terror!... ¿quién habrá sido la víctima?

BAR. Lo ignoro; Ferrand, que se hallaba junto á mí, se apoderó de la pistola que tenía en el cinto, y á poco sonó el tiro, iluminando su luz toda la cueva. Vi luego al Dómine que con el puñal en la mano acometía á Ferrand.

BEN. Esperemos á que salga el vencedor.

BAR. Si lo es el Dómine, nos perdemos sin remedio, porque igno ramos el lugar donde se oculta la codiciada caja.

COM. Daos á prision.

TRE. (*apuntando con las pistolas.*) Si habláis una palabra, sois muertos.

(Mientras este diálogo, el Tremendo, Tortillard y el Comisario salen de su escuditeo, y se acercan de puntillas á Benito y Barbillon, apuntándoles con sus armas; los soldados efectúan la misma operacion des-de las encrucijadas. Al propio tiempo gritos en la cueva de Ferrand; los soldados se colocan á su inmediacion con las armas preparadas. Todo este juego con presteza y bien ensayado, para que surta el efecto que se desea.)

BEN. y BAR. Somos perdidos!

FER. (*en la cueva.*) Benito! Benito!

COM. Silencio! (*se retiran á un lado.*)

FER. (*sale dando tropezones como una persona ciega, y andando de uno á otro lado, queriendo tocar los objetos; en la frente y los ojos tiene heridas, y sangre en su rostro.*) Benito!.. Barbillon... Donde estais?... Venid... (*levándose las manos á los ojos.*) Ciego!... Para siempre!... Me vengaré!... Dónde estarán esos perversos?... Si habrán descubierto el lugar donde gnardo la cajita!... Maldicion!... Que será entonces de mí!... Solo, sin auxilios... Benito, ven, yo te daré una parte de mi oro...! Si, tengo mucho oro y billetes de Banco...! y un brillante de cuatro mil francos...! (*escuchando.*) No me oyen...! Habrán repartido entre los dos todas mis riquezas!.. (*arrodillándose.*) Por caridad, amigos, sacadme de estos lugares... Conducidme á sitio seguro, y no os pediré nada... nada... (*con dolor.*) Todo será para vosotros. (*creyendo percibir el rumor de los que hablan en secreto, que son el Comisario y Tremendo; con ansiedad.*) Benito... Benito... es-

tás ahí? *(el Comisario hace señas á Benito de que diga que sí.)*

BEN. Si.

FER. *(con alegría.)* Oh! gracias.... gracias, Dios mio!... Benito, yo te ruego, yo te suplico que no me abandones.... Estoy ciego, y tú tendrás piedad de mí, no es cierto? *(atragándose y buscándole, al tiempo que los otros se retiran.)* Mira, amigo mio... Dónde estás?

BEN. Aquí.

FER. Has encontrado mi cajita?

BEN. No.

FER. *(con alegría.)* Bueno! Mira! tengo en ella un tesoro, y entre los dos le partiremos... Huiremos de Francia... Quieres? *(señal afirmativa del Comisario.)*

BEN. Si.

FER. No me abandones; voy á decirte donde se oculta; ahí, á la izquierda de la cueva... al pie del primer arbol... bajo las ramas... *(con ansiedad.)* Está...? Una cajita...! *(el Tremendo ha seguido todas las indicaciones, y al verle sacar la caja, esclama.)*

BEN. Maldición! *(con dolor.)*

FER. Estoy vendido! *(quiere huir, al tiempo que se apoderan de él los gendarmes.)* Preso! *(voces dentro: Por aquí, por aquí.)* Ya no me queda esperanza!

TRE. Ocultad esos miserables de modo que Flor María no pueda verlos. *(los soldados alejan los presos.)*

ESCENA ULTIMA.

Dichos, FLOR MARIA, la señora de HARVILLE, RIGOLTE, RODOLFO, GERMAN, y criados, todos en traje de camino.

FLOR. Aquí están, aquí tenemos á nuestros liber-

adores! *(saliendo á su encuentro y con alegría.)*

ROD. Gracias, amigos, os ofrezco una gran recompensa! Y esos miserables?

TRE. Ah! tenéis al señor Ferrand, y á dos de sus compinches! El Dómine acaba de espirar de un pistoletazo que le suministró el hombre honrado de la calle del Temple!... Un picaro menos...! En cuanto á él, si no mienten las señas, me parece no tardará mucho en seguir sus pasos.

ROD. Gracias, Tremendo, yo cuidaré de tu porvenir; y si quieres seguirnos...

TRE. Como! señor, vuestra alteza se dignaria...

ROD. Hacer tu dicha, como la de cuantos tuvieron compasión de mi desgraciada hija; miralos, todos la siguen á Alemania.

FLOR. Y tú tambien!

TRE. *(arrojándose á sus pies y besándole la mano.)* Tanta felicidad!.. Señora... permitid... Me ahoga la alegría! Yo, que poco hace mendigaba un pedazo de pan, verne honrado y favorecido por tan ilustre familia...! Ah! bendita sea la justicia de Dios!

Todos. *(arrodillándose y descubriéndose.)* Bendita sca!

FIN DEL DRAMA.

MADRID: 1843.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

CALLE DEL DUQUE DE ALBA, NÚM. 13.

